

PÉRDIDAS

A pocos días de diferencia, la muerte se ha llevado a tres distinguidas figuras de la literatura y el pensamiento. Primeramente al poeta venezolano José Ramón Medina (1921-2010), de seguidas al gran narrador y novelista portugués José Saramago (1922-2010), y por último al ensayista y cronista mexicano Carlos Monsiváis (1938-2010).

A Medina se le conoció sobre todo por sus funciones públicas, las de contralor y fiscal de la República, pero fue un poeta cabal, con obra sostenida en el tiempo. No puede decirse que su verso respondió a las vanguardias, pero sí que su poesía fue neoclásica, nostálgica de las corrientes hispanizantes que quedaron como cabos sueltos en el desarrollo de la poesía venezolana del siglo XX. Ejerció, sin embargo, una tutoría sobre los procesos culturales que nadie valora pero que siempre será insustituible: fue un gran organizador de la cultura venezolana. Ejerció de antólogo, de crítico, de editor. Después del gran proyecto ideado por Ángel Rama, quien a su vez se inspiró en la Biblioteca Americana de Blanco Fombona, puso a buen resguardo la Biblioteca Ayacucho, le dio carácter de fundación y la protegió por varios lustros de caprichos políticos. Ese impulso inicial por el cual todavía se nos distingue en el continente se debió exclusivamente a Medina. Pero la pulsión editorial la llevó siempre consigo, creando colecciones diversas mientras fue contralor, fiscal o presidente del Pen Club.

Saramago vino por primera vez a Venezuela en 1987, invitado por la embajada de su país. No era el monstruo narrativo que conocimos después, sino un autor en ciernes, tardío, que provenía de una familia de labriegos y conservaba una sólida cultura política. Con Joaquín Marta Sosa tuve la oportunidad de entrevistarle para la revista *Imagen* y al salir de la sesión tuve la sensación de que se contaría entre los grandes de la novela: no me equivocaba. Después se sucedieron muchas visitas al país, más figura que escritor, con una que otra declaración desafortunada, más de visitante que de testigo fiel, que las autoridades locales aprovechaban para justificar

sus desmanes. Cualquier observador que haya conocido su concepción agnóstica y pesimista de sus muy personales concepciones comunistas, que para él eran claramente irrealizables, sabrá que esto que nos ocurre no pasa de militarismo revestido. Su obra narrativa, sin embargo, fue creciendo de manera admirable, hasta ser distinguida por el Premio Nobel en 1998.

Monsiváis también visitó Venezuela en los últimos tiempos, respondiendo a invitaciones de universidades y ferias del libro. Dejó acá amigos, intervenciones inolvidables y, sobre todo, un genuino interés por entender el “caso venezolano”, que lo fascinaba como un rompecabezas que nadie termina por resolver. Los temas que también le interesaban en México —las culturas populares, el urbanismo—, también los veía muy vivos en nuestro país, más laboratorio social que certezas conceptuales.

Saramago fue perfecto contemporáneo de Juan Sánchez Peláez, y a su vez Monsiváis de Adriano González León y Eugenio Montejo. La única diferencia es que al portugués y al mexicano los velan en capillas ardientes en sus respectivos países mientras los nuestros no reciben ni un obituario de parte de las autoridades. Un consejo que el primer ministro portugués José Sócrates ha podido traer en su reciente visita al país es que, cuando se trata de figuras literarias de renombre, un Estado no puede ni debe establecer diferencias entre creencias y posiciones. Dichosas las naciones que saben honrar a los suyos, pues en el caso de la nuestra hace ya tiempo que para las autoridades en ejercicio los ciudadanos pertenecemos a dos categorías irreconciliables.

ANTONIO LÓPEZ ORTEGA
El Nacional

México es el país americano más peligroso para los periodistas, según Reporteros sin Fronteras

Al periodista Norberto Miranda “El Gallito” lo mataron en su redacción del periódico digital www.radiovisioncasasgrandes.com, en Nuevo Casas Grandes (Chihuahua, al norte de México), frente a sus compañeros de trabajo. Miranda escribía la columna *Cotorreando con el Gallito*, en la que daba cuenta del aumento de la violencia vinculada con el narcotráfico en la ciudad, de unos 50.000 habitantes. “Había recibido varias amenazas de funcionarios”, declaró a la agencia EFE su compañero Emilio Gutiérrez Soto, que pidió asilo en EE UU en junio pasado a raíz de varias intimidaciones.

Con Miranda ascienden a 55 los periodistas asesinados en México en los últimos nueve años, donde otros ocho han desaparecido, según la organización Reporteros Sin Fronteras (RSF), que el 6 de julio presentó en París un informe que califica al país latinoamericano como el más peligroso de América para ejercer periodismo.

El informe *Los entresijos de la impunidad: escalada de la seguridad pública y pesadez burocrática* señala que las autoridades mexicanas no resuelven la mayoría de estos crímenes por una incapacidad sistemática causada por la corrupción, la negligencia, la pasividad y la desorganización. “Ningún otro país del mundo tiene tal cantidad de instituciones y funcionarios dedicados a proteger a los periodistas”, asegura. RSF añade que la tensión entre los gobiernos estatales y federales en México y un oscuro y complejo aparato burocrático obstaculizan y neutralizan la persecución de quienes atentan contra la libertad de expresión y que, además, las instituciones funcionan extremadamente mal. “Las autoridades se han convertido en cómplices e incluso responsables de graves violaciones a los derechos humanos”, afirma.

La organización juzgó necesaria la cooperación de Estados Unidos en la guerra contra el narcotráfico. “[En EE UU] se consume 80% de la droga que se produce en México y se vende 80% de las armas ilegales del país”, concluye el informe.